

F.J. GONZÁLEZ ERRÁZURIZ, *Partido Demócrata Cristiano. La lucha por definirse*. Instituto de Estudios Generales. Santiago de Chile. 1989, 243 páginas.

Tras sus congéneres de Italia y Alemania, la Democracia Cristiana chilena ha sido uno de los partidos que con mayor éxito electoral e influencia internacional ha representado las ideas de esa corriente política en Occidente. En Europa, la historia de estos partidos ha sido tratada por diversos estudiosos (Hans Maier, por ejemplo) y, recientemente, en la obra colectiva de W. Becker y R. Morsey (Comps.) *Christliche Demokratie in Europa* (Bohlaus, Colonia-Viena, 1988). Menos atención le han dedicado los investigadores, en cambio, a la suerte de esa corriente en los países hispanoparlantes, por lo que cabe celebrar la aparición de la obra de F. J. González, *Partido Demócrata Cristiano. La lucha por definirse*, en donde se intenta hacer una síntesis de la historia de la Democracia Cristiana chilena, desde sus orígenes en el primer tercio de siglo hasta el año 1973, fecha en que un pronunciamiento militar puso término a la llamada "vía chilena hacia el socialismo", conducida por Salvador Allende. Es de esperar que esta obra sea seguida por otros estudios referidos al resto de los países de habla castellana.

Los orígenes de lo que más tarde será el Partido Demócrata Cristiano chileno hay que situarlos a comienzos de los años 30, en los círculos de universitarios católicos preocupados por las cuestiones sociales. Dicha preocupación social llevó a esos jóvenes intelectuales, entre ellos el futuro Presidente de la República Eduardo Frei, a comprometerse en una acción partidista e ingresar en la juventud del Partido Conservador. A pesar de esa vinculación a un partido tradicional esos jóvenes procuraron mantener una identidad propia, consistente, según González, en una peculiar mezcla de catolicismo liberal, espíritu mesiánico y un cierto aire corporativista, en el que no faltaba la influencia de movimientos políticos europeos, expresada gráficamente en el nombre "Falange Nacional" que adoptaron en 1936.

Es así como pronto se pudieron constatar, en el interior del Partido Conservador, dos generaciones y dos estilos políticos cuya contraposición ha marcado la vida política de Iberoamérica en buena parte del siglo XX. De una parte, los políticos de espíritu parlamentario, habituados al diálogo y la transacción, y convencidos de que todo proyecto político supone la negociación con las fuerzas restantes, para hacerlo socialmente aceptable. De otro lado están los partidos ideológicos, que plantean una reforma radical de la sociedad y tienen una visión globalizante de la política, que excluye como traición cualquier tipo de compromiso, a no ser que motivos tácticos lo hagan imprescindible.

La ruptura entre los jóvenes falangistas y el viejo Partido Conservador se hizo inevitable, y aquellos pasaron a formar "un pequeño partido altamente intelectualizado", que se situaba "más allá de derechas e izquierdas" y proponía un "orden nuevo". Con todo, en la década de los cuarenta quisieron evitar el aislamiento pactando sucesivamente con los partidos de derecha e izquierda en alianzas de corta duración, que dejaban en el electorado una sensación de oportunismo.

Los fracasos electorales y el auge de las ideas socialistas en la posguerra movieron a la Democracia Cristiana a buscar una nueva definición ideológica,

en la que, junto con acentuarse la actitud crítica respecto de la derecha, se planteó la posibilidad de colaborar con los partidos marxistas, de gran fuerza electoral en Chile o, por lo menos, de vincular más estrechamente el socialcristianismo al socialismo democrático. En 1957 esta reestructuración dio forma al Partido Demócrata Cristiano. En ese momento los dirigentes decidieron abandonar la política de pactos y adoptar "una línea política purista", definiéndose como "la única alternativa para Chile".

A pesar de que hasta entonces sus resultados electorales no habían sido significativos, en 1964 obtuvo la presidencia de la República, gracias al arrastre de su líder Eduardo Frei y a los votos de la derecha, que lo apoyó para evitar el triunfo del marxista Salvador Allende. De acuerdo con el espíritu purista señalado, este apoyo no significó que el Partido Demócrata Cristiano adaptara su programa ni llamara a otras fuerzas a colaborar, lo que le hizo sufrir una fuerte oposición. Sin embargo, no fue esta la principal dificultad que debió enfrentar la Administración de Frei. El libro de González dedica numerosas páginas al profundo conflicto que se dio entre los sectores reformistas, de inspiración socialcristiana, y aquellos más radicales, que por entonces habían hecho suyas muchas de las categorías marxistas, y que de hecho terminaron abandonando el partido y sumándose al gobierno de Salvador Allende, que sucedió a Frei.

La actitud de la Democracia Cristiana durante la "vía chilena al socialismo" tampoco fue homogénea, pero, en términos generales, puede decirse que pretendió apoyarla en cuanto significara una sustitución de las estructuras capitalistas (Allende fue elegido por el Parlamento con los votos democristianos, pues no había alcanzado una mayoría absoluta) y combatirla en la medida en que el intento socialista pudiese vulnerar la antigua tradición democrática de Chile.

Con el correr de los meses se pudo comprobar una progresiva radicalización en el Gobierno de Allende, cuyos intentos de controlar la educación, la prensa y la economía, sumados al empleo de métodos cada vez más violentos, mostraban, en palabras del entonces Presidente del Senado, Patricio Aylwin, "la inequívoca intención de ocupar el poder y establecer un régimen estatista y totalitario". Es así como la Democracia Cristiana se vio forzada a buscar alianzas electorales con la derecha para intentar poner coto a los atropellos a la legalidad y, una vez que se comprobó la imposibilidad de hacer volver al Gobierno de Allende a las vías legales, la gran mayoría de sus integrantes aprobó e incluso apoyó el derrocamiento del mismo por las Fuerzas Armadas, en 1973.

Además de que se lee con agrado, la obra de González Errázuriz reúne méritos evidentes. Por una parte, presenta al lector algunas fuentes de difícil acceso, y, por otra, logra superar el problema de la infinitud de textos con que un Partido altamente intelectualizado pretendió entender la realidad iberoamericana de la posguerra y comprenderse a sí mismo. Sin embargo, da la impresión de que el autor se quedó a medio camino en lo que pudo ser un gran libro y que muchos temas significativos no han sido suficientemente elaborados. Así, entre otros, si la novedad que caracteriza a la Democracia Cristiana respecto de los partidos parlamentarios es su carácter internacional e ideológico, se echa en falta mayores referencias a las influencias que recibió desde el extranjero en el terreno ideológico, las que pueden ayudar a entender mejor la redefinición doctrinaria del Partido en los años 50 (apenas hay unas alusiones en el capítulo I, que no se refieren a la época en la que empezó a tener fuerza política).

Asimismo, el hecho de que la Democracia Cristiana forme parte importante del presente de Chile, y que muchos de los fenómenos que el libro describe sean

plenamente actuales, hace difícil conservar una cierta distancia respecto de lo que se narra. Es decir, aunque el historiador Bernardino Bravo señale en el prólogo que el mérito principal del autor sea el haber podido describir todo "sin los inevitables condicionamientos a que está sujeto quien lo mira como cosa que, de algún modo, le compromete", nos caben dudas de que este propósito se haya logrado siempre. En todo caso, González, a pesar de su juventud, ha hecho una contribución de importancia en un tema que es fundamental: porque parece ilusorio describir el funcionamiento de las democracias occidentales sin atender a quienes son sus actores principales, los partidos políticos. Es de esperar que en los próximos años el autor siga investigando en esta dirección tan fecunda como poco estudiada.

*Joaquín García-Huidobro*